

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 25 de Marzo de 1883. | SERIE VIII—N. 95

Fondo y Forma.

En todas las cosas debe cuidadosamente distinguirse el *fondo*, de la *forma*.

Su confusión puede inducirnos, y de hecho frecuentemente nos induce, á los más deplorables y funestos extravíos.

En religión, en moral, en política, en derecho, en el estudio de las ciencias y de las letras, y en cuanto viene á ser parte del progreso intelectual del hombre y de la sociedad, la confusión del *fondo* y de la *forma* en las cosas que se examinan y en las cuestiones que se debaten, es origen fecundo de errores y de sofismas, que fácilmente podían evitarse distinguiendo y separando lo que, de *largo* y por su propia naturaleza, es separado y distinto.

Si nos fuera permitido recorrer de uno en uno los innumerables errores, de que á cada paso es víctima la humana inteligencia, muy fácil nos sería llegarlos á persuadir, que todos, ó la mayor parte de ellos, nacen de la confusión del *fondo* con la *forma*, de la sustancia con el modo de ser de las personas y de las cosas.

En la naturaleza todo se nos ofrece siempre en concreto, porque lo abstracto no existe ni es posible que jamás exista. Solo lo concreto existe; y lo que se ofrece al entendimiento para ser conocido, se ofrece siempre tal como es.

Al aplicar el análisis, y al separar unas de otras las propiedades de las cosas para formar lo abstracto, la limitación de nuestra inteligencia nos obliga, ó á confundir lo que es diverso, ó á separar lo que es idéntico. En esto consiste precisamente el error.

El *fondo* es inseparable de la *forma* concreta, como la sustancia del accidente que la modifica, como la idea de la realidad que la determina.

El análisis separa por abstracción el *fondo* de la *forma*; pero al hacerlo, no debe olvidarse la síntesis que los une en la más perfecta armonía.

No puede darse ciencia sin análisis; y el análisis, si no es hecho con cuidado y diligencia, puede llevarnos á la separación de lo que es idéntico, ó á la confusión de lo que es diverso.

Tal es el origen de esa multitud y diversidad de escuelas y de sistemas, que se han dividido el imperio del saber.

Las escuelas más se distinguen unas de otras por la *forma*, que por el *fondo* de su doctrina. Esta siempre es la misma, y solo cambia su forma, como cambia la fisonomía de los hombres conservando cada uno de ellos su misma naturaleza racional.

Las escuelas socráticas de la Grecia reconocían

todas el mismo fondo de doctrina, que les servía de base: la conciencia, ó sea el análisis del pensamiento. Sin embargo, la filosofía helénica hizo recorrer al espíritu humano, en menos de quinientos años, la inmensa distancia que separa el idealismo realista de Platón del escepticismo absoluto de Pirrón y de Carneades: pasando por Aristóteles, y por las escuelas cínica y cirenaica, llegó más tarde entre los romanos al epicurismo de Horacio y al materialismo de Lucrecio.

En los tiempos modernos, el mismo análisis psicológico, partiendo de Descartes, y pasando por Bacon, ha producido la escuela escéptica de Hume y de Berkeley en Inglaterra, la sensualista de Locke y Condillac en Francia, y la moral y economista de Stuart-Dugald y de Smith en Escocia.

En religión, lo mismo que en política, lo mismo que en filosofía y en historia, el fondo de una doctrina es inseparable de su forma interior y de su estructura intrínseca. El análisis no alcanza jamás á separar cosas, que de su naturaleza son absolutamente inseparables. El solo intento de querer verificarlo; daría por necesario resultado destruir la doctrina misma sin provecho ninguno para la ciencia.

La forma externa no es más que la expresión de la forma interna, y esta expresión no siempre es leal y sincera. Puede á veces ser una expresión falsa y engañosa, que nos conduzca al error.

Se pregunta, por qué los hombres disputan más sobre las formas externas, que sobre el fondo mismo de las doctrinas y de las cosas. La respuesta es bastante clara; es que la mayor parte de los hombres no ven más que la fisonomía exterior de cuanto se ofrece á su discusión y á su examen. Más allá de esa forma, poco ó nada ven, ni quieren tomarse el trabajo de penetrar en el fondo de las doctrinas ó de las cuestiones, para descubrir esa realidad interna, que constituye los tesoros de la ciencia.

Si estos principios generales son aplicables á todos los ramos del saber humano, con mayor razón deben serlo á las doctrinas y discusiones en materia de religión. Los males que producen son también allí más graves y profundos.

La doctrina revelada es el *fondo* de la religión verdadera; el admirable encadenamiento de las verdades de su símbolo, constituye su *forma intrínseca* y su interior estructura; y la expresión de su culto viene á ser la exterior fisonomía, por cuyo medio se la conoce y distingue.

No puede tocarse uno solo de los dogmas religiosos, sin que al propio tiempo sean tocados todos los demás. La mala inteligencia de cualquiera de ellos destruye todo el sistema. No caben en esto dudas ó negaciones parciales.

La historia de todas las herejías confirma lo que se acaba de decir. Han comenzado siempre por una sola negación, tal vez, en apariencia al menos, de ninguna importancia; pero la lógica ha arrastrado á sus autores y prosélitos á la sima de todas las negaciones. Si se han detenido en la pendiente, esto ha provenido, ó de que no se ha continuado la aplicación del análisis, ó de que se han desatendido las severas prescripciones de la lógica.

En los siglos de discusión y de movimiento intelectual, y cuando el espíritu humano se ha hallado en épocas de transición para abandonar una civilización ya gastada y adoptar otra nueva, se ha notado que la herejía, comenzando por poco, ha llegado á la apostasía universal. El gnosticismo alejandrino de los primeros siglos nos ofrece de esto un ejemplo palpable; y en la época nó lejana para nosotros, en que se hallaba en incubación lo que hoy se llama *espíritu moderno*, vemos el luteranismo partir de la negación de la eficacia de las indulgencias, y llegar en menos de trescientos años al deísmo y á la negación de la divinidad de Jesucristo: negación que envuelve de una sola vez todas las negaciones cristianas.

La forma esterna de la religión podría algunas veces cambiar, sin que el fondo y su estructura interna sufriesen la más pequeña alteración, como puede cambiar la fisonomía de un hombre, sin mudarse su índole y su carácter.

El culto puede degenerar en superstición, y bajo esa corteza degenerada conservar intactas, al menos por algún tiempo, las verdades y las doctrinas religiosas. Pero la superstición no es el culto verdadero, ni deben confundirse cosas tan separadas y distintas.

La expresión del culto pertenece al dominio de todos, y es bien sabido que las gentes ignorantes y sencillas, por falta de suficiente análisis, muestran siempre una tendencia á tomar la forma por el fondo, y á cambiar el significado de los símbolos.

La idolatría y el politeísmo nacieron de esta monstruosa confusión, y la mayor parte de los pueblos paganos, monoteístas en su origen, llegaron por el camino de la superstición á la negación dogmática de la unidad de Dios. Negar la unidad de Dios es negar la naturaleza de Dios; y quien desconoce la naturaleza de Dios, abre ancha puerta á todos los errores y extravíos en materia de religión y de moral.

Cudworth ha probado muy bien, que los hombres ilustrados entre los paganos adoraban una sola Divinidad suprema, de la que eran una mera participación las falsas divinidades que el pueblo adoraba.

Los romanos aprovecharon esta triste condición de la plebe para formular una de sus más conocidas máximas de política. Scévola, gran Pontífice, y Varón uno de sus mayores teólogos, decían que era necesario que el pueblo ignorase muchas cosas, y que creyese en muchas falsas.

La religión cristiana, enemiga irreconciliable de la superstición y del fanatismo, ha velado siempre, con un celo inimitable, por la conservación y pureza del culto verdadero y legítimo. Jesucristo, su divino fundador, y conecador profundo del corazón humano, estableció en la Iglesia una Autoridad infalible y viviente para mantener puras é inalterables las verdades y doctrinas, que constituyen su fondo, la admirable estructura de su símbolo, la legítima expresión de su culto y disciplina.

Los enemigos del cristianismo, nó solo confunden muchas veces el fondo con la forma, el símbolo con el culto, la simple especulación con la práctica de la moral y de las reglas, sino que también toman por culto verdadero las inconcipientes alteraciones del pueblo igno-

rante y sencillo. Partiendo de esta base, llegan frecuentemente, con buena ó mala intención, á deducir consecuencias que la Iglesia no admite, y que más bien condena y rechaza con toda fuerza y energía.

La religión no puede ser la única excepción de la regla general. En ella también los errores, y habló de los errores que no nacen del corazón, se originan de la confusión del *fondo* con la *forma*. Del culto se pasa ordinariamente al símbolo de la fé, y de éste á la sustancia misma de la doctrina revelada.

La apostasía de toda verdad comunicada por Dios al hombre, es la lógica deducción de un procedimiento semejante.

De la apostasía al deísmo, y del deísmo al ateísmo puro ó al ateísmo disfrazado, no hay más que un solo paso.

Con profunda sabiduría espresó Jesucristo este fatal encadenamiento cuando dijo: *Si in Deum creditis, et in Me credite.*

En efecto, quién cree en Dios, tiene que creer en Jesucristo y hacerse netamente cristiano.

Las dos pendientes, en que se ven colocadas las almas, son inevitables. No puede llegarse á Dios, sino por Jesucristo: quién niega á Jesucristo, niega á Dios.

O cristianos, ó ateos: no hay medio posible.

El dilema es terrible, pero nó por esto deja de ser exacto. La lógica es la única culpable de ello, pero la lógica no puede engañarnos ni mentir.

¿Y quién nos lleva á ese fatal desenlace? Lo mismo que en todas las ciencias y en todas las cosas nos lleva siempre al error: la unión de lo que es diverso y la separación de lo que es idéntico; esto es, la unión de la sustancia con la forma esterna, la separación del fondo y de la forma interna.

A la vista de ese dilema, unos se llenan de indignación y de despecho, otros le niegan todo asenso y todo crédito. No importa, porque la lógica no repara en miramientos personales para detenerse en su carrera. Ella vá siempre á su objeto y á su término, y los persigue por senderos más ó menos cortos ó dilatados.

Si se suspende el análisis, ella suspende también su carrera, y nos hace parar en medio de la pendiente. No podremos permanecer mucho tiempo en un equilibrio intelectual tan inestable. Tendremos que volver atrás, ó seguir derrumbándonos para llegar á la sima del cristianismo ó á la sima del ateísmo.

Y como el hombre no puede apartar de sí por su propia voluntad el orden sobrenatural, en que esencialmente vivimos, al abandonar la religión verdadera y al verdadero Dios, tendremos por fuerza que abrazar las más ridículas fábulas y las supersticiones más degradantes.

La superstición y el fanatismo son, en efecto, las condiciones necesarias de la incredulidad.

Testigo de todo ello, la historia!

San Salvador, Marzo 18 de 1883.

SECCION PIADOSA.

Domingo de la Resurrección.

En este domingo celebramos los cristianos la gran solemnidad de nuestra PASCUA.

Todas las demás fiestas y solemnidades del año se refieren y ordenan á la Pascua, que viene á ser por esto mismo, la base de que parte todo el calendario cristiano. El adviento, la epifanía, el ayuno cuaresmal, las semanas de pasión y mayor, le sirven de preparación: la ascención, pentecostés con las veinticuatro

semanas que le siguen, la Santísima Trinidad, la solemne festividad del Córpus, son su consecuencia, y, como si dejáramos, su propia continuación.

En memoria de este gran día, la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, estableció el descanso semanal del domingo, en vez del sábado de que usaban los judíos, destinándole á ser perpetuamente el día consagrado á la gloria de Dios y á la salud de las almas.

Si los judíos celebraban con su Pascua, que era la primera de sus solemnidades anuales, el *paso* del Ángel exterminador por las puertas de sus casas, perdonando la vida de sus primogénitos, al mismo tiempo que causara la muerte de todos los primogénitos de Egipto, así como también el *paso* milagroso, verificado con el apoyo del brazo fuerte y poderoso del Señor, de la cruel y penosa esclavitud de Faraón á la santa libertad de hijos de Dios, nosotros los cristianos celebramos también con la nuestra el hecho portentoso, que dió término á nuestro divino rescate, y por el que fué consumada la obra divina de nuestra reparación, pasando de la esclavitud ignominiosa del demonio y de la culpa, á la libertad espiritual de nuestras almas, haciéndonos herederos del reino de los cielos, y coherederos con Jesucristo en la herencia de su Padre.

No es, pues, de extrañar, que la resurrección del Salvador se considere justamente como la base y fundamento de todas nuestras creencias, y como el principio en que se apoya todo el sistema cristiano. Por esto es que la vemos, nó solo repetidas veces anunciada siglos ántes por el oráculo infalible de los profetas, sino también prevenida por el mismo Jesucristo á sus apóstoles y discípulos en muchas ocasiones durante el curso de su vida pública, y especialmente en los momentos en que ya se acercaba su pasión santísima.

Aún después de su resurrección, el mismo divino Salvador procuró dejar bien inculcada la verdad de ella en el corazón de sus adeptos, confirmando con diversas apariciones y hechos maravillosos que la ponían fuera de duda, y que se sucedieron por los cuarenta días, que todavía se dignó estar con los hombres, hasta el instante supremo y decisivo de su admirable ascensión á los cielos.

También los judíos comprendieron la gravedad é importancia de la resurrección, y las consecuencias funestas que de ella se seguirían contra los derechos y doctrinas de la Sinagoga.

Esta convicción indujo á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos á presentarse á Pilatos, al día siguiente de la muerte de Jesus, para decirle:

—Señor, recordamos bien que aquel seductor (Jesus) dijo cuando aún vivía: *pasados tres días resucitaré*. Manda pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que sus discípulos vengan á hurtarle y digan á la plebe: *resucitó de entre los muertos*; y entonces este último error sea todavía peor que el primero.”

Todas las precauciones fueron inútiles; porque Jesucristo resucitó al día tercero, como Él y los profetas lo habían tantas veces vaticinado.

No hay un hecho histórico, en todas las humanas tradiciones, orales ó escritas, mejor comprobado, que el de la resurrección de Jesucristo. Es también la base más espaciosa en que descansa el edificio de nuestra fé.

Pudiéramos sencillamente argumentar en favor de la divinidad de nuestra santa religión, como lo han hecho los santos padres y todos los sabios que han pasado de la gentilidad ó del error á la profesión de la fé cristiana: “si Jesucristo resucitó, Jesucristo es Dios, es el Mesías, es el Redentor prometido á los hombres, y de consiguiente su doctrina es celestial, sus enseñanzas son verdaderas, su obra es divina: pero no hay duda que resucitó, y que su resurrección fué acompañada de todos los detalles vaticinados por los antiguos profetas y por el mismo Jesucristo: luego, &c.”

No es este un lugar á propósito para entrar en una discusión crítica y seria sobre la verdad de la resurrección del Salvador, ni sobre las consecuencias que de ella nacen para asegurar la divinidad del cristianismo. Los libros de apología cristiana están llenos de observaciones y de juicios lógicos y severos sobre un hecho, cuya autenticidad supera á la de cualquiera otro hecho, de que nos den testimonio las historias sagradas y profanas, así como sobre las legítimas deducciones que de él se desprenden para consuelo de nuestras almas y firmeza de nuestras creencias.

El Evangelio de este Domingo está tomado de San Marcos, que nos refiere uno de los más tiernos é interesantes episodios de la resurrección del Señor.

—“María Magdalena, nos dice aquel Evangelista, y María de Santiago, y Salomé, compraron aromas para venir á unguir á Jesus.”

“Y muy de mañana al día siguiente del Sábado, llegan al monumento, salido ya el sol.”

“Y se decían entre sí: *¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del monumento?*”

“Y volviendo la mirada, vieron quitada ya la piedra, que ciertamente era muy grande.”

“Y entrando en el monumento, vieron á un joven sentado á la derecha, cubierto con una estola blanca, y se quedaron mudas.”

“Aquel (joven) les dijo: *No temais, sé que buscáis á Jesus Nazareno crucificado; YA RESUCITÓ, NO ESTÁ AQUÍ, ved el lugar donde le pusieron. Id, para decir á sus discípulos y á Pedro, que Él os precede en Galilea, y que allí le vereis, como os lo ha predicho.*”

No pudiera espresarse un hecho tan estupendo y prodigioso con una frase más clara, más natural y más sencilla: *¡Ya resucitó, no está aquí!!* si esto no es el bello ideal de lo sublime, ya no hay que esperar nada sublime en literatura y en elocuencia. Solo á las escrituras sagradas, que hablan por inspiración divina, está reservado unir los rasgos más sublimes con la espresión más humilde, más vulgar y más sencilla. ¡Sublime sencillez, que responde de la autenticidad del mayor de los hechos, y de la divinidad de la mejor y más santa de las religiones!

El *resucitó, no está aquí*, del Evangelio, solo es comparable al *hágase á la luz* del Génesis. La primera frase es la revelación de la vida espiritual del alma, como la segunda es la revelación de la vida material de la naturaleza.

Ambas vidas son movimientos de ascensión á Dios.

La *luz* que alumbra los espacios incomensurables, en que se halla colocado el universo visible, y que produce el movimiento de todos los astros y cuerpos, nos obliga á cantar el himno sublime de la creación en honor de la omnipotencia divina; como la *resurrección de Jesucristo* eleva también nuestras almas, que son parte del mundo invisible, á la contemplación de las infinitas perfecciones y de la vida inmortal de aquel Ser, que todo lo ha criado para procurarse sus eternas alabanzas!

Si el hombre, como hombre, es el monarca soberano de la creación sensible, el hombre regenerado por el Dios-Hombre resucitado, es el eterno Pontífice de sus votos y de sus inmortales destinos.

San Salvador, Marzo de 1883.

CRONICA INTERIOR.

Semana Santa.—Han pasado ya los oficios con que la Iglesia venera todos los años los augustos misterios de nuestra santa redención.

El pueblo san salvadoreño ha demostrado una vez más, que lleva íntegro en su corazón el precioso depósito de fé

y de piedad que le legaron sus antepasados.

Todas las funciones religiosas, á pesar de su número y variedad, han sido sumamente concurridas por todas las clases sociales.

No podemos dejar de expresar nuestra satisfacción y nuestros aplausos al Señor Alcalde y Honorable Municipalidad, que, no solo asistieron á los de la Catedral, sino que, apropiándose por decirlo así, la iniciativa para su mayor solemnidad, hicieron un llamamiento y extenso convite para la asistencia á ellos.

Cualquiera que conozca la naturaleza y cualidades esenciales del poder municipal, conocerá fácilmente cuán bien cuadra con él la asistencia y la participación de esos actos.

Porque si la Municipalidad es la representación del pueblo de un lugar, ella debe revestir las formas de ese mismo pueblo, é inspirarse en sus opiniones, costumbres y derechos.

El Municipio de San Salvador, representante de una población tan católica, tiene que revestir muy caracterizadamente esa forma para representarlo con propiedad: pues de otro modo, ofrecería el mismo contrasentido que ofreciera un pueblo noble, generoso y valiente, significado por una representación vulgar, egoísta y cobarde.

El actual Municipio comprende perfectamente su ideal; y es por esto que, en medio de los actos religiosos tan respetados y concurridos por el pueblo su comitente, ha lucido dignamente con las bellas formas características de su representado.

Esto sin duda influyó para que el convite municipal haya sido aceptado con tanto gusto por el centro y por los barrios de la capital, y para que un número tan crecido de artesanos se haya presentado en pos de la Municipalidad, á solemnizar los actos sagrados.

"El Católico", que no tiene otra aspiración que ver florecer la Religión católica, apostólica romana en el suelo de su patria, cumple unos de sus más gratos deberes, tributando al Señor Alcalde y Honorable Municipalidad el homenaje de su aprecio y de sus aplausos.

Acto edificante.—Los caballeros que forman la Conferencia de San Vicente de Paul, de esa asociación tan católica por su objeto y por sus prácticas, se han distinguido durante la Semana Santa por su edificante piedad en la asistencia á los sagrados oficios, y por el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Después de algunas instrucciones que, por vía de preparación, les dió un sacerdote miembro honorario de la Conferencia, ese noble grupo se presentó el Viérnes de Dolores, al pie del altar de la Santísima Virgen, para cumplir los preceptos de la confesión y comunión anual, que la Iglesia católica impone á los verdaderos creyentes.

Un temor pueril hace que muchos abandonen sus prácticas religiosas, y que falten á los deberes más esenciales de la Iglesia, desde que la **falsa ilustración** les ha persuadido de que, el *hombre culto no depende de Dios, ni debe adorarlo*.

Desde entonces, el respeto humano, y el temor al *qué dirán* domina á las almas débiles hasta tal punto, que ahogan los impulsos de su conciencia y aún aparentan una incredulidad, que realmente no tienen en el corazón.

Pero cuando los resplandores brillantes de la fé disipan la tiniebla de esas aberraciones, y cuando las nobles formas de la virtud agradan el corazón del hombre, ese miedo pueril desaparece y ese ridículo *qué dirán* pierde su fuerza, ante la idea del deber y del convencimiento.

La Conferencia de San Vicente de Paul cumplió esos deberes religiosos por doble razón: 1.º Porque sus miembros son verdaderos católicos, y verdadero católico solo es el que cumple los preceptos de la Iglesia Católica. 2.º Porque es una institución de *verdadera caridad*, que solo nace de la Fé y que solo se nutre con la Esperanza.

Esa es la diferencia esencial entre la caridad y la *filantropía*; ésta, como lo indica su nombre, nace en el hombre, se nutre del hombre y se termina en el hombre. La Caridad nace de Dios que es su origen, vive de Dios

que es su alimento, y se termina en Dios que es su fin.

Por esto es que la filantropía, puede desarrollarse en toda religión, en todo carácter y asociarse con todos los vicios; pero la caridad solo se desarrolla en la ley de Jesucristo, y solo es compatible con las virtudes de que *Él es maestro y modelo*.

Tal vez los socios de la Conferencia hayan merecido el desprecio del **gran mundo**, y acaso sus miradas de desdén y de lástima: pero en el tribunal de la razón, es más digno de lástima el que se deja dominar del respeto humano hasta faltar á sus deberes, que el que, venciendo esas preocupaciones pueriles, tiene el valor de hacer lo que cree deber hacer.

"El Escolar" en su último número ha reproducido la recriminación hecha por Victor Hugo al Ilustrísimo Señor Dupanloup Obispo de Orleans, en la cual el fecundo poeta pretende retornar al sabio teólogo la acusación que este le hizo de *ateísmo*, ante la civilización europea.

Victor Hugo dice que él no es ateo; sino que el verdadero ateo es el Ilustrísimo Señor Dupanloup.

Para probar esto, agota su fecunda lira, describiendo y cantando al Dios en quién él cree y á quién adora.

El Escolar ha hecho muy bien en reproducirlo entre nosotros, para que nuestro público se desengañe, como se ha desengañado ya el de toda Europa.

Los ateos son de dos clases. Unos que niegan la existencia de Dios; y otros que afirman la existencia de un Dios, pero tan absurdo y contradictorio, que es metafísicamente imposible que exista así.

Negar que existe una cosa, ó afirmar que existe absurda y contradictoriamente, es decir lo mismo.

Creemos que todos los ateos del mundo, pasados presentes y futuros, gustosos caerían de rodillas ante el Dios inventado por Victor Hugo, sin cambiar de opinión y sin dejar de ser lo que antes eran.

El mismo Escolar, órgano de la Escuela Normal, propone al Supremo Gobierno la creación de un establecimiento de enseñanza elemental, al que deban concurrir los niños de 5 á 10 años de edad.

No estamos de acuerdo con tal iniciativa, por varias razones:

1º Porque los niños en esa edad, si bien tienen necesidad de recibir las primeras inspiraciones de la ciencia, tienen mayor necesidad de las inspiraciones paternas y de los cuidados de la familia en sus necesidades físicas y morales.—Muy débiles serían los vínculos de un hijo con sus padres, si desde los cinco años fuera separado de ellos, para pasar á las manos de un pedagogo, aunque este se convirtiera, como dice "El Escolar", en un *amoroso padre, que esté en inmediato contacto con ellos, y que los instruya aún en sus mismas conversaciones*.

2º Porque, como el Supremo Gobierno, según las actuales leyes, no enseña ninguna religión en sus establecimientos, y como algunos maestros oficiales, interpretando malamente la ley de instrucción pública, enseñan tenazmente una irreligión positiva á sus alumnos, resultaría que esos niños de 5 á 10 años, careciendo hasta de la instrucción maternal, ó quedarían privados de todo conocimiento religioso, ó lo que es peor, serían extraviados por el *amoroso padre*, desde sus primeros pasos en el sendero de la vida.

Muy bueno es enaltecer la escuela y la instrucción intelectual: pero es muy malo anteponerlas á los derechos sagrados de la familia en el hogar doméstico, y á las virtudes del corazón.

Saludanos al Boletín Municipal, que ha comenzado á circular y se ha dado á reconocer como la voz oficial del Municipio de esta Ciudad, para la publicación de todos sus actos, y para promover los intereses morales y materiales de la Capital.

Ya era tiempo que esa voz tan importante resonara entre nosotros, como resuena en todas las poblaciones cuyos delegados respetan los derechos de sus comitentes, y estos no se despojan de su natural atribución de saber y examinar los actos de sus representantes.

Creemos que esta publicación será de gran utilidad, ya por la amplitud de su programa, ya por la competencia de los que forman su redacción y colaboración.

Su solo establecimiento ha iniciado un adelanto sumamente moral. Hasta ahora hemos tenido la desgracia de que la diferencia de opiniones separe también á las personas en tal grado, que no ha permitido entre ellas ni la amistad, ni la armonía, ni la asociación para ninguna empresa. Esto nos ha tenido siempre divididos en agrupaciones aisladas, en exclusiones odiosas, y ha impedido que formemos esa unidad que concibe, desarrolla y perfecciona el adelanto de las sociedades.

La Municipalidad ha querido como echar un vínculo sobre todas esas fracciones, para formar un haz robusto, que levante y sostenga los comunes intereses de la Capital.

Y en verdad, no se podía haber escogido otro mejor vínculo que el de la patria, que dando á todos una misma cuna, una misma historia, unas mismas creencias, unas mismas aspiraciones, nivela todas las desigualdades y funde todas las diferencias con su común amor maternal.

Felicitemos el apareamiento del *Boletín Municipal*, llamado á crear tantas esperanzas y á realizar tantos progresos.

SECCION DE VARIEDADES.

Las Santas Marías.

I.

Era la noche del sábado, y como la costumbre de los hebreos era contar el fin del día cuando el sol se pone, la fiesta de Pascua había concluido. Las tiendas de Jerusalén se abrían, y los judíos, siempre aficionados al lucro, empezaban de nuevo su comercio.

Una joven alta y esbelta, embozada en un manto oscuro recamado de una fimbria blanca, atravesaba sola y á oscuras la ciudad. Detúvose ante una casa de pobre apariencia y llamó á la puerta. Una voz débil de mujer respondió desde dentro:

—¿Eres tú, María?

—Soy yo, María, dijo la joven.

Una mujer anciana abrió y apareció alumbrada por una lámpara en forma de media luna que traía en la mano. La luz iluminó las facciones de la joven, que era un portento de belleza y el más puro ejemplar del tipo judaico, solo que, por un raro capricho de la naturaleza, su profusa cabellera que le caía suelta sobre sus espaldas, era de un rubio dorado, casi rojo.

La anciana hizo entrar á la joven y le dijo:

—Voy á tomar el manto y al instante soy contigo.

—Aguarda, dijo María, voy á llamar á Salomé.

La joven dió algunos pasos y llamó con la mano en otra puerta, también de mezquina apariencia. Abrióse al instante y apareció en ella una matrona de mediana edad; era una hija del pueblo, sus facciones morenas, su nariz aguileña; cubría su cabeza con una toca de cáñamo amarillo mezclado con hilos de colores, arreglada á guisa de turbante, que, según la moda hebrea, llevaba atada debajo de la barba con una tira de lino blanco. La matrona se cubrió con un manto oscuro y siguió á la joven, cerrando á la puerta tras sí.

La anciana fué á encontrarlas cubierta también de pies á cabeza; y su toca amarilla, semejante en la forma á las de nuestras religiosas, ocultaba la mitad de su frente y su cuello.

María se detuvo ante una tienda abierta y penetró en ella con aire resuelto. Un hombre joven estaba junto al mostrador.

—¿Eres tú, María de Magdala? dijo al verla, ¿qué

quieres? ¿Deseas algún nuevo perfume, alguna joya?

—Deseo un unguento para ungir á un difunto, contestó María con acento triste.

—Tomemos tres libras de mirra y aloes, dijo la anciana.

—Como quieras, Cleofé, contestó María de Magdala.

—Pero debemos añadir algo oloroso, dijo la matrona.

—Esto se entiende, Salomé.

Y volviéndose al que vendía, le dijo:

—Añade una libra de nardo pístico.

II.

Las tres mujeres, que eran María Cleofé, llamada la hermana de la Madre de Jesus por su parentesco cercano con ella, (pues unos dicen que era cuñada de San José, por ser Cleofás su marido, hermano de dicho Santo, y otros afirman que era prima hermana de la Virgen María); María Salomé, prima hermana de la Madre de Jesus, por ser hija de una hermana de Santa Ana; y la pecadora de Jerusalén recién convertida, María de Magdala, conocida más tarde en todo el mundo cristiano con el nombre de María Magdalena, iban impulsadas por su cariño y su fé á tributar un triste deber. Jesus, su sobrino y maestro, había muerto por intrigas de los judíos, víctima de un juez débil, y ellas iban á ungir otra vez su cadáver sepultado fuera de Jerusalén.

¡Qué ternura la que acompaña más allá de la tumba! ¡Qué grupo tan interesante el que formaban estas mujeres, en el que se veían representadas las tres edades de la vida humana! Cleofé, encorvada, pobre anciana, que andaba con paso vacilante: Salomé, la matrona de edad mediana en la robustez de ella; y Magdalena, joven y con todo el esplendor de su belleza.

Las tres siguieron su camino, cuando al salir de la puerta de Jerusalén, Cleofé detuvo á sus compañeras: La vejez es la madre de la experiencia, y Cleofé empezó á vacilar.

—¿Quién nos quitará, dijo, la piedra que cubre el sepulcro?

—Es verdad, contestó Salomé: cuando sepultaron á Jesus, Nicodemus y José, hombres robustos, ayudados por Juan, mi hijo, tuvieron gran trabajo para moverla.

—Adelante, dijo María de Magdala, no faltará quien nos preste este servicio.

III.

Era noche cerrada, y junto al sepulcro del Hijo de Dios velaban cuatro hombres armados de lanzas, puestos espresamente por los caudillos del pueblo de Israel. ¡Qué anomalía! ¡cuatro hombres armados para guardar á un difunto!

La luna brillaba en medio del cielo, y reinaba el silencio de las tumbas.

Sobre una rama de olivo se había posado el ave de la noche, y hacía por intervalos su grito lastimero, al cual respondía el lejano de otra ave agorera.

La noche adelantaba y los guardias paseaban al rededor del sepulcro para sacudir el sueño.

Entonces vióse brillar en el firmamento la estrella precursora del día, y oyóse el canto del ave de las florestas que saludaba el venidero día con sus trinos.

Las aves nocturnas enmudecieron, un rumor sordo, como de golpes dados dentro del sepulcro, se dejó oír; los guardias se detuvieron, pálidos, llenos de terror, diciendo uno de ellos:

—¿Oís?

Entonces volvió á oírse el grito del ave de las nieblas.

—Es la lechuza, dijo el guardia, y prosiguieron su interrumpido paseo.

El firmamento empezaba á clarear levemente, y el ruiseñor volvió á empezar su canto.

De pronto se oyó otro ruido dentro del sepulcro, y pareció que la tierra temblaba.

Vióse una bandada de aves nocturnas, lechuzas blancas y amarillas, cuya cara de ojos negros hundidos recuerda el descarnado cráneo de un cadáver, y mochuelos orejados de ojos amarillos y fosforescentes, que huían dando gritos.

El ruiseñor redobló sus trinos; la losa del sepulcro pareció levantarse, y la tierra se estremeció de nuevo.

Los guardias, poseidos de terror, cayeron en tierra; pero vueltos en su acuerdo, huyeron despavoridos.

La losa se levantaba lentamente y como empujada por una fuerza superior. Entonces se alzó de la tumba un fantasma envuelto con un sudario, la cabeza cubierta con un lienzo blanco y las manos saliendo de entre las ropas; estaban taladradas y conservaban vestigios de sangre seca; con una de ellas arrancó el lienzo que cubría su cabeza y se vió entonces una fisonomía bella, bellísima; era sin duda de un joven, pero su frente estaba herida en diferentes partes y salpicada de sangre; sus ojos estaban cerrados y tenía la palidez de la muerte. Abrió sus ojos, desprendióse de su mortaja, elevó su mirada al firmamento de oro y azul, salió del sepulcro y cayó de rodillas exclamando:

—Gracias, Padre mío; se ha consumado tu obra, la obra de la redención del género humano. ¡Seas, Dios, siempre bendito!

Una nube de rosa y oro pareció cubrir aquel cuerpo y las facciones del Hijo de Dios, radiantes de hermosura; solo conservó al rededor de su frente unas leves manchas violadas, que señalaban el lugar que ocupó en él la corona de espinas.

El ruiseñor redobló sus trinos, oyéndose en lontananza el grito de las aves agoreras que huían asustadas, en tanto que en el firmamento las voces de los Angeles entonaban el *Gloria in excelsis*.

IV

Un instante después todo había desaparecido.

Junto al sepulcro estaba el sudario, la losa se veía atravesada, y sentado sobre ella un joven, un adolescente vestido con una túnica blanca; era el ángel de la vida, que, viendo á las tres mujeres que se retiraban llenas de terror, las dijo deteniéndolas:

—No temáis, buskais á Jesus de Nazaret y ya ha resucitado: id y decidlo á sus discípulos, pues ha triunfado de la muerte.

Cleofé y Salomé, sin contestar nada y llenas de terror, no acertando aún comprender lo que pasaba, pero llenas por otra parte de esperanza, volvieron á emprender el camino hácia Jerusalén.

Magdalena se quedó mirando el sepulcro y quiso cerciorarse por sí misma examinando el fondo del sarcófago, el cual estaba completamente vacío, despidiendo el perfume de los aromas con que ungieron el cuerpo que en él se sepultó, mientras que la anciana y la matrona continuaron su camino hácia Jerusalén, retardado por la anciana Cleofé, cuyo paso era tardío, por más que Salomé la ayudaba.

—Yo quisiera ser joven, decía, para poder andar más aprisa, pero los años pesan; quisiera poder dar ahora esta noticia á María, nuestra hermana, la Madre de Jesus. ¡Qué feliz va á ser! ¿No es verdad, hermana?

—Sí, contestó Salomé, y mis hijos Jacobo y Juan,

y los tuyos Jacobo, Simón, Tadeo, y José no acertarán á creerlo.

—Yo no lo dudo, dijo Cleofé; aquel joven no nos ha engañado.

Entonces oyeron una persona que corría tras ellas, y se volvieron asustadas, pero se tranquilizaron al punto: era Magdalena con las mejillas rojas y los ojos brillantes de placer, que con voz cortada por la fatiga y el gozo, les dijo:

—Yo he visto á Jesus, á Él mismo, y le he hablado allí junto al sepulcro; le tomé por un hortelano; pero al mirarle, al oír su voz que me llamaba "¿María?" no sé lo que me ha pasado, . . . creí volverme loca.

En aquel instante observó Magdalena que sus amigas caían de rodillas y que adoraban al suelo. Delante de ellas, hermoso, cubierto con un manto blanco, estaba Jesus.

—Maestro y Señor, dijeron, apoyando sus frentes en la tierra.

—No temáis, les dijo con voz dulce: decid á mis discípulos que vayan á Galilea, y que allí me verán.

Las santas Marías le adoraron y Él desapareció de su vista, mientras el ruiseñor cantaba en las copas de los árboles y el coro de los Angeles repetía desde el cielo el *Gloria in excelsis*.

Las tres Santas llegaron á Jerusalén y se dirigieron á casa de Juan, en donde estaba María, Madre de Jesus.

Halláronla de rodillas con las manos juntas. Una especie de éstasis se había apoderado de Ella: sus facciones hermosas, el más vivo retrato de las de Jesus, estaban iluminadas por una luz divina: María no pertenecía al mundo, veía al cielo, veía la redención consumada.

Lentamente volvió en sí y se abrazó con sus hermanas, las cuales, nada la dijeron, pues comprendieron que María ya había visto á su Hijo.

Magdalena besó el manto de la Madre de Jesus, pero Ella atrayéndola hácia sus brazos, apoyó sus labios puros en la frente de la pecadora arrepentida.

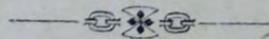
V.

Pasaron los años, y Jesus fué llamando una á una á las compañeras de su Madre, sus fieles parientas y amigas, que no le abandonaron nunca, ni aún después de su muerte.

El universo entero las aclama por Santas y sus reliquias son tenidas en gran veneración.

Verdi en Italia poseé la mayor parte de las de Salomé, el resto de las cuales están en Saintes, Provenza, con las de Magdalena y Cleofé, si bien en otros puntos también se venera parte de estas reliquias, como sucede en Barcelona, que en la cripta de su Catedral, junto al sepulcro de santa Eulalia, guarda entre otras algunas de las santas Marías.

FRANCISCO DE P. CAPELLA.



||ALELUYA||

Murió y venció. Su gloria y su grandeza
Hoy canta el alto cielo,
Y es corona real de su cabeza
El sol, que en veloz vuelo
Tiende dorado su esplendente velo.

Rotas son las cadenas del pecado
Al pié de la Cruz santa,
Y el alba del perdón ha despertado,
Y alegre el mundo canta,
Y á Dios sus ojos con amor levanta.
Vestid con flores vuestra blanca frente,
Doncellas pundorosas;
Templa tu lira, trovador creyente,

Y entre lluvia de rosas
 Tus plegarias eleva religiosas.
 Dulce suspira el aura voladora,
 Que lúgubre gemía
 Al pié del árbol que la tierra adora,
 Y la alborada fría
 Que urde con oro su dosel al día.
 Y las flores ajadas en la siega,
 Y la hervidora fuente
 Que con sus linfas el umbrío riega,
 Alcen cantar ferviente
 Al Dios que resucita omnipotente;
 Porque venció Jesus crucificado,
 Porque triunfó el Ungido,
 Y en su carro de gloria encadenado
 Suspira ya vencido
 El error con vil pompa revestido.
 Canten los cielos del Señor la gloria;
 Cante natura ufana
 En infinitos himnos su victoria,
 É inmensa voz cristiana
 Nuestra grandeza cante soberana.
 Que en el Calvario con Jesus vencimos,
 Y, eternos vencedores,
 Nuestra humillada frente al cielo erguimos,
 Y en mágicos loores
 Cantemos al Señor trovas de amores.
 Resucitó el Señor, en cuya frente
 Brilla el sol encendido,
 Y á cuyos pies murmura omnipotente
 Con eternal gemido
 El mar entre corales adormido:
 Resucitó el Dios grande y poderoso,
 Cuya potente mano
 Encadena el furor del mar brumoso,
 Y al céfiro liviano
 Hace arrullar, del valle soberano:
 Resucitó el Señor omnipotente,
 Que en el espacio ostenta
 Por corona mil soles en su frente,
 Y en el dosel se sienta
 Que finge con sus nubes la tormenta.
 Vedle, entre velos de fulgor celeste
 Radiante de alegría;
 Con luz urdida su inconsútil veste,
 Triunfante en este día
 Del averno tras bárbara agonía.
 En una Cruz el mundo le enclavaba,
 Infel y embeodado,
 Y Él nuestras culpas al morir lavaba;
 Y venciendo al pecado,
 Para el mundo el Eden ha rescatado.
 Lloró naturaleza su amargura
 Con infinito duelo,
 Y hoy sonríe en su rostro la ventura,
 Y eleva al alto cielo
 Cántico dulce de amoroso anhelo.
 Porque ya es libre de su eterna pena,
 Porque sus culpas llora,
 Y quebrantó su mísera cadena,
 Y es Reina ya y Señora,
 Y canta á Dios y su grandeza adora.
 Resucitó el Señor: inunde el cielo
 Torrente de armonía:
 Hunda la aurea su el azul su velo,
 Y acorde trove pía.
 La tierra entóne, al son del orga mía,
 Y dulcísima voz y voz sonora
 De gloria y de ventura
 Lleguen al cielo en armonioso coro,
 Y en trova la más pura,
 Cante á su Dios feliz la cristara.
 Estone el mar su cántico profundo
 Con infinito acento;
 Póstrase y ore al libertado mundo,
 Y voz nos robe el viento
 Nuestra gloria cantando y vencimiento.

J. P. A.

Verdad de la Resurrección del Salvador.

La resurrección de Jesucristo es, no solo un dogma de la fé católica, sino además un hecho histórico probado con tantos y tales testimonios, que para dudar de ella, es necesario dudar de todo.

Entre estos testimonios, es muy notable el que el Presidente Pilatos dió de ella en la carta que escribió en los mismos días al Emperador Claudio Tiberio, sobre lo sucedido en la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; cuya carta, en la que confiesa la inocencia del sentenciado, fué la causa de que el Emperador lo despojase del gobierno de la Judea y lo condenase al ostracismo.

La autenticidad de esta carta está probada por el historiador Egesipo, que existió en los primeros años de la Iglesia, y por los estudios críticos del gran Tertuliano, Presbítero de Cartago, que vivió en el siglo II y III.

Traducida al español, es como sigue:

PONCIO PILATO Á CLAUDIO TIBERIO, SALUD.

Poco ha que sucedió, (y yo lo he tenido por verdad,) que los judíos por envidia se han castigado á sí mismos y á sus descendientes, con una cruel sentencia y condenación. Es el caso, que sus antepasados tuvieron promesa de que su Dios les había de enviar del cielo á su Santo, que con razón se nombrase Rey de ellos, el cual había prometido enviarles por medio de una Virgen. Pues habiendo enviado Dios á Judea este santo, siendo yo Presidente, y habiendo ellos visto por sus ojos como había alumbrado á los ciegos, limpiado á los leprosos, curado los paralíticos, echado los demonios de los cuerpos de los hombres y resucitado también á los muertos, mandado á los vientos, andado con los pies enjutos sobre las ondas del mar y hecho otras muchas cosas; como todo el pueblo de los judíos dijese que era hijo de Dios, los príncipes de los judíos tuvieron envidia contra El, y le temieron, y me le entregaron. Y como me dijeron unas cosas por otras, afirmando que era mago y que hacía contra la ley de Dios, yo creí que era así, y azotado se le entregué á su voluntad; ellos le crucificaron, y después de sepultado le pusieron guardias. Pero El, estándole guardando mis soldados, resucitó al tercero día. Y en tanto grado se encendió la maldad de los judíos, que dieron dinero á los guardias y les dijeron: *decid que sus discípulos llevaron á su cuerpo*; pero ellos, habiendo recibido el dinero, no pudieron callar lo que había sucedido, porque testificaron como le habían visto resucitar, y que habían recibido el dinero de los judíos.

[Hist. de la Pasión.]

El Jilguero.

[TRADICIÓN ALEMANA.]

Cuando el Martir soberano
 En el Golgota espiraba,
 Sintió que una cosa andaba
 Por la palma de su mano.

A un pájaro en su agonía

Vió que, en voz de abandonado,

Un duro clavo arrancarlo

Con el pie pretendía;

Sangre le cubre, . . . y no cesa, . . .

Y vuelve con nuevo ardor, . . .

Que, salvar al Salvador,

Es su temeraria empresa.

Y entre el ansia que le abruma,

Dijo Dios: "por tus bondades,

Contemplarán las edades

Manchas de sangre en tu pluma."

Del jilguero, no te asombra,

Roja mirar la cabeza,

Que es signo de su entereza

Para salvar al Dios-Hombre.

MELCHOR DE PALAN.

Un deista convertido.

Refiere un escritor muy ilustre que había viajado por la Palestina, que un compañero suyo de viaje, deista, aunque de mucho talento, trataba durante el camino de poner en ridículo las relaciones que hacían los sacerdotes católicos sobre los santos lugares y las sagradas reliquias.

Fué con esta mala disposición á visitar las hendidas de la peña que se muestran en el monte Calvario, como prueba del terremoto acaecido en la muerte de Jesucristo, y que está ahora encerrada en la vasta cúpula que hizo construir el Emperador Constantino.

Más, cuando se puso á examinar estas averturas con la exactitud y atención de un naturalista, dijo á su amigo:

—Ahora comienzo á ser cristiano. He hecho, continuó, un largo estudio de física y de matemáticas, y estoy cierto que la ruptura de esta peña no pudo ser causada por un terremoto natural.

—¿Y por qué creis eso?—¿no ha habido acaso terremotos violentos y sacudimientos terribles?

—Sí, pero un bamboleo semejante, hubiera separado las capas diversas de que está compuesta la masa; pero siempre siguiendo las venas y rompiendo las ligaduras por la parte más débil, como sucede en todas las peñas que han hendido otros terremotos. Más aquí la cosa es del todo diferente; la peña está partida transversalmente, la ruptura cruza las venas de un modo sobre-natural.

—¿De qué manera pues, pudiera explicarse eso?

—Creo que la ciencia no podrá jamás explicarlo; y yo veo clara y evidentemente que es efecto de un milagro, que ni el arte ni la naturaleza pudieron producir.

Y después, cayendo de rodillas, dijo conmovido:

“Gracias te doy Dios mio, por haberme conducido á este monte, para contemplar este monumento de tu maravilloso poder, monumento que publica altamente la divinidad de mi Señor Jesucristo.”

En efecto desde ese instante se hizo católico, y *católico de corazón*.

S. SEGES tom. 1º

La incredulidad del corazón.

Bourger, de la Academia de ciencias francesa, fué encargado en 1736 con otros sabios académicos, de ir á determinar la figura de la tierra en el Ecuador; mientras que otros sábios colegas suyos, iban al Norte á hacer la misma operación.

Cuando en 1758 Bourger murió, el célebre D'Alembert dijo:

—Acabamos de perder la mejor cabeza de la Academia.”

Pues bien, en las conferencias que Bourger tuvo con el Padre Berthonie, y que dieron por resultado su pública conversión, aquel gran sábio hizo esta elocuente revelación:

—Mi incredulidad no ha estado en mi mente, pues jamás he dudado de la verdad de la doctrina católica: mi incredulidad ha estado en mi corazón, por haber vivido en la corrupción de las pasiones.

Luego añadió:

—Padre mio, no es mi inteligencia, sino mi corazón el que necesita ser curado: cúremelo U., con la aplicación de la sangre del Redentor, en el tribunal de la penitencia.

(Copiado.)

De la Cruz en torno.

[TRADICIÓN ALEMANA.]

En torno del moribundo
Los vientos se congregaron,
En su sangre se empaparon,
Y antes de lanzarse al mundo,
Así, en su voz, murmuraron:

—“Con nuestra ala vagarosa
Salvemos undosos mares,
Penetremos en los lares
Dó el idólatra reposa
Alzando falsos cantares

“La vasta extensión mundana
Crucemos de polo á polo,
Y la varia raza humana
Al Dios adore tan solo
De quién la sangre dimana:

“El dulce ambiente inundemos.
Y hasta, en las hoy soledades,
Fecundo grano ocultemos
Que, en las futuras edades
Salir á la luz veremos;

“Corramos con paso alado,
Sangre dejando de Cristo
En desierto y en poblado,
En el bosque nunca hollado,
Y hasta en el mar nunca visto.”

Y es fama que, con anhelo,
Sangre, que no se consume,
Difundieron por el suelo,
Y su embriagador perfume
Trascendió hasta el alto cielo.

MELCHOR DE PALAN.

CONTINUACIÓN

de la lista de libros religiosos, morales y de educación, que se venden en la Agencia de “El Católico.”

Familia Cristiana, leyendas piadosas.
Familia Cristiana, Cielo con nubecillas.
Familia Cristiana, Cándida, por Cutanda.
Familia Cristiana, Obispo y Mártir.
Ejercicios de perfección y virtudes cristianas.
Esperanza del cristiano.
De la dignidad conferida á los pobres.
Historia de los herederos Españoles.
Corona poética de la Virgen.
Estudios religiosos filosóficos, de Ceferino González.
Guía del Espíritu.
Dos Inmaculados.
¿De qué sirven las Monjas?
Devota esposición de la Misa.
El sacrificio de la vida.
Evangelio meditado.
Espíritu de San Francisco de Sales.
El Domingo.
El Apocalipsis.
El socialismo y la sociedad.
Ejercicio Cristiano.
Escala Espiritual.
El servicio doméstico.
Exámen crítico de la Historia.
El libro de la unidad católica.
El Catolicismo liberal, por Tejada.
El Libro de las familias.
Escapulario azul celeste.
Ejercicio práctico de la voluntad de Dios.
Espíritu de Santa Teresa de Jesus.
Exámen de Conciencia.
El buen sentido de la Fé.
El cielo en la tierra.
Enseñanza catequística.

[Continuará.]

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.